

Ya hemos llegado a Julio y empieza a mudar la faz de la ciudad. Esta cambia completamente de cariz, de tal manera que quien ha visto nuestra ciudad en invierno duda que sea la misma que está viendo en verano. Saludamos a nuestros queridos amigos veraneantes que cada año nos honran con su visita; éstos son semi-guixolenses y cómo a tales les profesamos un cariño de conciudadanos.

Lo insólito se mezcla con lo típico, lo ridículo y lo extraño: vemos señores rubios en calzoncillos que enseñan un par de fémures hirsutos; señoras orondas que se empeñan en demostrarnos que nos ganan en caderas; lindas señoritas de piel color de carne de langostino, que, después de estar ocho días ausentes de la oficina, quieren convencer a sus compañeros que han veraneado en S'Agaró; personas vulgares que, para llamar la atención, recurren a lo más chillón y extravagante... de todo, de todo se ve.

Los que tienen las materias primas indispensables para nuestra nutrición sonríen disimuladamente; las amas de casa, después de cálculos complicados que antes eran privilegio de físicos y matemáticos, se ven precisadas a realizar nuevos milagros en materia culinaria.

Y de pronto: ¡Ha llegado la primera barraca de Fiesta Mayor! Un sin fin de chicuelos se congrega alrededor del camión y dice uno:—Es una barraca de tiro al blanco— ¡Que no!—replica otro; Es una «ganga»—Chico, no seas panoli; no ves las escopetas?— ¡Olé! Hoy mismo ganaré una botella de anís porque tengo una puntería!— ¡Vaya con el anís ese; no vale nada!—Pues chico, el año pasado el dueño nos dijo que era de la misma calidad que el Costa Brava! —Ja, ja! Si tiene sabor a agua de Carabaña!

Más allá otro grupo comenta:—Cuando vengan los caballitos romperé la hucha. Creo que tengo en ella veinticinco pesetas.—El otro día nos digiste que tenías treinta—Sí, chico; pero con la ayuda de la hoja de un cuchillo saqué un duro para comprarme los números atrasados de «El Hijo del Diablo de los Mares».—Pues yo, prefiero gastarme la pasta en las barcas voladoras y en los coches eléctricos.

Ahí están Radio Conejo y Radio Mona. ¡Se acabó la tranquilidad! Detrás de ellos se prepara el terreno para el entoldado. Por allá se pasean los D. Juanes reconociendo el terreno como los guerreros medievales inspeccionaban el palenque. Dice uno:—Conozco a la sobrinita de D. Fulano que es un «guayabo» simpatiquísimo—Voy a dejar tamañito así a Casanova—replica otro—Y el de más allá se queja:—Estoy aburrido de la vida. Hace tres semanas que espero que Carmencita se decida a bailar las sambas conmigo y hoy se ha entrometido un pollo veraneante echando por el suelo todas mis ilusiones.

En el reloj ha sonado el tic. ¡Ha llegado la Fiesta Mayor! ¡Cuántas ilusiones alientan en los corazones!

Esta mañana llega la tía Pepa con tres rollizos chiquitines. ¡Cierra con llave la biblioteca, esconde las cosas de cristal que están a menos de dos metros del suelo, pon la radio al último estante! En guardia! ¡Qué monísimas son las criaturas!

¡Mediodía! Mientras los jóvenes se hartan de sol, los adultos arrellenados en un sillón de la terraza escuchan seriamente el primer concierto de la Orquesta. Y luego dicen con gravedad:—¡Qué vocalista! Tiene una voz de ruiseñor. —¿Has visto que pulmones tiene el del cornetín?—Si; pero ¿y de los dedos del violinista no me dices nada?

¡La comida! Señores ha llegado el momento serio. Ruego un cuarto de hora de silencio porque al principio no hay tiempo para nada más que para comer. Empieza la algazara con el asado, el champaña, los pasteles, el café (?), los licores y el puro. ¡Viva la Fiesta Mayor! La encargada de la cocina suda gotas como garbanzos y palidece ante el montón de platos que en el fregadero imitan la torre inclinada de Pisa.

Languidece la tarde. El altavoz de los «caballitos» empieza a despertar la ciudad. Al poco rato se arma el gran barullo desde el paseo a la playa. A cada paso hay una orquesta que procura concentrar su atención al propio pentagrama; allá en el parque hombres y mujeres que gritan, niños que corren, parejas de enamorados en éxtasis, señores que pasean, otros que beben..... una Babel!

Un grupo de muchachos se disfrazan de vaqueros; en la puerta espera Menegilda que desea hacerlo de Carmen Miranda. Más lejos un muchacho tímido pregunta al pajarito de la suerte qué le reservan los hados. Una parejo de novios pasa cargada de aluminio; en el entoldado se baila y se «castiga»..... porque se puede.

Y eso uno, dos, tres, cuatro días. Al quinto la cocinera sólo dispone de huesos mocosos y lirondos:

Desfilan los parientes; empiezan a desmontarse las barracas; en un santiamén el entoldado ha desaparecido. Entonces amanece en el alma la melancolía. ¡Qué triste es e espectáculo de la liquidación de la Fiesta Mayor! Parece que nos arrancan del corazón un sin fin de ilusiones, que nos dejan en un una soledad desmoralizadora. Así son las cosas humanas: mucho bombo y platillo, boato, riqueza de imaginación y al final nada. Quedamos otra vez solos, con el bolsillo exhausto y de caras al «tac» de nuestro reloj. Pasada la Fiesta Mayor, en breve espacio de tiempo tenemos que pedir cuentas a la polilla.

Los niños contemplan con tristeza el suelo removido que sirvió de base a los «caballitos» y a las barcas voladoras; los jóvenes miran con desencanto el rectángulo donde pensaban llevar a cabo imaginarias conquistas. Sin querer todos evocamos los versos de Manrique que encierran una amarga verdad.

Cuán presto se va el placer
cómo después de acordado
da dolor,
cómo a nuestro parecer
cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Esplay

